

¿QUIÉN PARASITA A QUIÉN?

A un organismo animal o vegetal que vive a costa de otro de diferente especie, alimentándose de él sin matarlo -pues sólo vivo éste le permite al primero mantener su sobrevivencia- o bien, tratándose de humanos, alguien que vive a costa, a expensas de otro(s) se le considera un parásito. Estas son dos de las cuatro acepciones que el Diccionario de la Lengua dice de lo que es un parásito.

La definición, sin embargo, no dice nada respecto a una eventual asociación entre el huésped y su(s) parásito(s) ni las relaciones, en su mayor parte simbióticas que se establecen entre ellos.

La película sudcoreana *Gisaengchung* (2019) trata sobre este tipo de relaciones que se crean, en este caso, entre dos grupos humanos. El título en inglés está en singular y en nuestra lengua lo escribieron, acertadamente según mi punto de vista, en plural. Usar parásito en singular se referiría a un solo parásito que viviría a expensas de uno o más huéspedes, mientras que al poner en juego el plural se precisa la pluralidad, la variedad de parásitos posibles viviendo, al mismo tiempo o no, a costa de uno o más huéspedes.

Y esto es precisamente lo que sucede en la película magistralmente dirigida por el también guionista Bong Joon-ho, ganadora no sólo de cuatro estatuillas de premios Oscar (Mejor director, Mejor guión original, Mejor película extranjera, así como el codiciado premio “mayor”, esto es, la Mejor película -de todas- premio éste otorgado por vez primera a una cinta no hablada en inglés). Antes de estos premios de la American Academy of Motion Picture Arts and Sciences, también obtuvo el máximo reconocimiento en el Festival de Cine de Cannes, la Palma de Oro, mientras que en los premios BAFTA (British Academy of Film and Television Arts) obtuvo los reconocimientos a la Mejor película en lengua no inglesa y el Mejor guión original.

En esta película existe más de una relación parasitaria, pues hay, si no una pluralidad, al menos dos o hasta tres variedades de parásitos que más que establecer relaciones simbióticas parásito/huésped -activo/pasivo- en la que sólo este último resultaría dañado o perjudicado por el primero, se trataría de unos parásitos parasitando a otros y estos, a su vez, a aquéllos, es decir, relaciones en las que ambos grupos sacan ventajas de su parasitismo y de su “huespedismo”. Veamos.

Trataré evitar contar escenas de la película excepto aquéllas que sean indispensables para esta nota.

La muy modesta, miserable y desempleada familia Kim vive en una especie de sótano o semisotano, buhardilla infestada de apestosas plagas, en la que logran apenas sobrevivir trabajando todos juntos en su casa -padre, madre hija e hijo- para una pizzería local armando las cajas de cartón en las que los productos serán entregados. Con gran pesadumbre descubren que su vecina ha cambiado la clave de la red de *wifi* que ellos “piratean” y su mayor preocupación se convierte en la falta de acceso a la red que les permita usar *Whatsapp* para poder comunicarse entre sí. La cara de felicidad y la alegría de la señora Kim cuando su hijo logra tener acceso a la red de los vecinos es algo memorable, a pesar de que la señal sólo se capta -y muy mal- en el baño del humilde tugurio en el que viven ¡y sólo junto al excusado! Hay que estar sentado en la taza del excusado o pegado a él y además con la mano que sostiene al teléfono en alto para apenas captar la deseada señal.

Un amigo del hijo, antes de dejar el país, lo visita y le regala a éste una piedra Gonshi, que de acuerdo a viejas leyendas chinas, el afortunado poseedor de una de estas “Rocas de

los Eruditos”, adquirirá la sabiduría necesaria para tener una buena fortuna y poder hacer riquezas. También lo convence y lo recomienda para que el joven Kim quede en su lugar dando clases particulares de inglés a la hija del matrimonio Park, miembros de la alta burguesía sudcoreana que habitan una enorme casa llena de lujos. El señor Parker, es un joven prominente y exitoso industrial, mientras que ella es una joven y jovial ama de casa dedicada por entero a ocupar su tiempo en ordenar comidas, ir de compras, hacer visitas sociales, hablar con sus amigas por el celular y a estar al tanto de su hija adolescente y de su inquieto hijo menor. Los cuatro componen la familia Parker.

El joven Kim consigue el trabajo haciendo documentos falsos, gracias a las habilidades de su hermana que le permiten crear documentos apócrifos para convertirlo, sin serlo aún, en estudiante universitario. Él, orgulloso, dice que no se trata de una falsificación, pues el año siguiente aplicará para entrar a esa misma universidad, así que se trata tan solo de “un adelanto” del papel. Mediante estrategias planeadas en familia -léase mentiras y engaños, que no son otra cosa más que los sueños de la miserable familia Kim- va logrando que su hermana primero, luego su padre y finalmente su madre entren a trabajar a las órdenes de los Parker (ocultando por supuesto los lazos de parentesco que los unen); como maestra y “terapeuta de arte” para el inquieto niño Parker, como chofer del *pater* familia y como ama de llaves de la dueña de la casa. Todo esto ha estado posibilitado, por supuesto, por artilugios urdidos mientras los Kim arman cajas de pizza, ardides que les van a permitir que los anteriores empleados de los Parker sean despedidos para ocupar ellos sus puestos y lugares en la microescala social de la casa de los P. Es así que los Kim, todos los cuatro, trabajan para los exitosos, estables y muy felices Parker.

Viven a expensas de los Parker, quienes por supuesto les pagan por el trabajo que cada uno hace: enseñan los dos hijos Kim a los dos hijos Parker, maneja el lujoso Mercedes Benz del señor Parker el señor Kim y administra la casa de la señora Parker la señora Kim. La jugada perfecta del hijo -poseedor de la piedra Gonshi para “salvar” de la ruina a su hambrienta familia- es posibilitada por una ecuación también perfecta: cada uno de los Kim se ocupa de cada uno de los Parker. Aquéllos viven con engaños y estos engañados, sosteniendo una farsa tan bien armada que incluso no se han tocado el corazón para dejar en la calle a los antiguos empleados. Los Kim necesitan a los Parker para vivir y éstos necesitan a aquéllos para funcionar. ¿No es esto una relación en la que existe el parasitismo de ambos lados y el “huespedismo” también? Unos necesitan de los otros tanto como estos a aquéllos. Es un poco la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo. El amo necesita del esclavo para vivir tanto como éste necesita de aquél.

Para celebrar el cumpleaños del niño Parker la familia se va de *weekend* -como gustan de decir los Parker- a un campamento y ahora sí ¡los Kim serán los únicos amos y señores!, los dueños de la enorme mansión con todo y sus blandas y limpias camas, su aséptico ambiente, su pulcra cocina sin cucarachas, su enorme y bien surtido refrigerador, así como su cava y su cantina llenos y su enorme jardín donde poder tomar el sol plácidamente. Podrán comer y beber a su antojo, saciar su hambre crónica y ancestral, así como su sed de whiskies y finos licores, que son -no podría ser de otra manera- importados.

Ah, el sueño de una noche de verano; sí, el sueño del pobre, del humilde, del miserable, del desposeído que sueña en tener -y si es de esta forma mejor, pues es más cómodo, fácil y rápido- lo que otros tienen y ostentan. Lo que presumen y dilapidan los P. ahora es de ellos, de los K. No se conforman con las migajas, ni con su salario siempre insuficiente para sus expectativas, quieren tener lo que los otros tienen. Por lo pronto ahora son los amos, los señores, los patronos, los poseedores -aunque sin título de propiedad, como

el hijo con su documento universitario no falsificado sino apócrifo- que sin los estamentos de la nobleza o de la clase burguesa y adinerada, tienen y hacen uso de todos los bienes de estos últimos. Sí, hay que soñar, soñar mucho y jugar a ser millonarios, a creerse y vivir como los amos, como los ricos, aunque sólo sea durante un fin de semana o *weekend*. De esto y nada más que de esto se trata.

Y como en todo sueño -agadable o pesadillesco- siempre hay un despertar; para los Kim este final llegó mucho más pronto que tarde. En el transcurso de la opípara bacanal el timbre suena y ya ebrios y saturada y vencida su hambre crónica, se sorprenden para descubrir que quien está en la puerta es la antigua ama de llaves que solicita, en medio de un diluvio, poder pasar para buscar algo que decía haber olvidado en su último día de su trabajo en la mansión. Después de muchos ruegos la nueva, aunque temporal señora de la casa, la señora Kim, le franquea el paso y así entra en escena el tercer grupo de parásitos. Este es un grupo de dos nada más. La mujer tiene que entrar urgentemente para darle de comer a su esposo, quien sin que nadie más lo sepa, habita el refugio antinuclear de la casa, al que se entra mediante una puerta oculta detrás de un armario corredizo en el sótano. Este hombre allí vive desde hace más de cuatro años, escondiéndose al principio de los usureros que lo perseguían y su mujer -la antigua ama de llaves- ahí lo tiene y lo mantiene en ese encierro, que primero fue forzado y después elegido; refugiado, pues, precisamente en el lugar que es el de abajo de lo más abajo de la casa y de sus amos, los P.

En Seúl, como supongo que en otras ciudades sudcoreanas, en las casas de la alta burguesía, así como en casas de funcionarios, políticos y banqueros existen hoy en día refugios antinucleares bajo tierra, perfectamente equipados con paredes de concreto de amplio espesor, luz eléctrica, servicios sanitarios, drenaje, camas, refrigerador, alimentos enlatados y agua en grandes cantidades; guaridas creadas frente al temor de que en cualquier momento el belicismo o incluso el mal humor de Kim Jong-un -líder y comandante supremo- lo hicieran decidir pulsar el botón de sus ojivas nucleares que caerían en la muy cercana capital sudcoreana, pues son países -las dos Coreas- que hasta el día de hoy oficialmente siguen en guerra, pues nunca se firmó un tratado que pusiera fin a una de las conflagraciones más sangrientas de la modernidad, que costó millones de vidas y la separación en dos países del que antes fuera uno. Una Corea al norte del paralelo 38 y otra por debajo de éste, en el sur. De ahí la existencia de este refugio antinuclear en la casa adquirida y habitada por los Parker.

Más abajo que los de abajo era el lugar de este hombre prisionero primero y luego convencido habitante del subsuelo, mientras que su mujer -que “comía por dos” (*sic*)- servía manjares a los Parker, comía de esos mismos platos y llevaba a su pareja -encerrado en esa masa de concreto antinuclear- su porción de deliciosos y finos platillos. Por cierto juego del azar se encuentran en lo bajo de lo bajo los cuatro Kim y la ex ama de llaves de la casa y el topo-siempre-a-salvo de los usureros, así como también de los humores del todo poderoso hombre fuerte de Pionyang.

Después de pelear logran salir los Kim dejando conmocionada a la ex-sub-señora de la casa, así como amordazado y maniatado a quien topo había decidido ser. Los P. están por llegar y los K. tendrán que limpiar a toda prisa, cocinar para sus amos pues regresan y cerrar la puera que une al mundo con el submundo de esos muertos vivientes que habitan- perdóneseme la insistencia- el inframundo de lo de abajo de lo más bajo. Todos los K. deberán esconderse y huir menos la señora Kim, quién deberá hacer acto de presencia ante sus amos, para servirles, cual es su deber.

La exama de llaves de la casa, cuando suplicaba a la señora Kim, que le permitiera el paso a la casa, osó llamarla “hermanita”, causando la indignación y enojo de la nueva subseñora de la casa: “no soy tu hermanita”, le respondió la señora K., pues no somos iguales, tu vienes aquí mojándote, empapada y arrastrándote, a suplicarme, a rogarme que te deje pasar y yo soy quien ahora tiene el poder, esta es mi casa y lo fue hasta que escuchan el fatídico timbrado del teléfono de la casa de los P., quienes llaman para anunciarle a la señora K. su inminente regreso pues el diluvio echó por tierra la posibilidad del *camping* planeado para celebrar al travieso niño P. ¡A recoger todo pues y a esconderse!, en la escena sólo debe permanecer ya no la que asumió por pocas horas el papel de la subseñora Parker, sino otra vez la laboriosa y sumisa ama de llaves Kim. ¡La carroza se transformó a las 12 de la noche, como en la historia de Cenicienta, en calabaza!

Los otros tres Kim -padre, hija e hijo- se esconden bajo la mesa de centro de la sala mientras los verdaderos amos y señores, los dueños de la casa y del destino de todos, absolutamente de todos los que allí habitan -incluyendo al habitante del subsuelo- duermen en la sala y hacen el amor expresando sus fantasías y preferencias eróticas con tres de los K. a menos de un par de metros de distancia, quienes escondidos escuchan y se enteran de las intimidades de sus amos, quienes ahí deciden pernocrtar ya que tienen a la vista el jardín en la que el pequeño P., ferviente admirador de los “indios” americanos, pasa la noche en su tienda “india”.

Ante la frustración de que el pequeño de la familia no viera cumplido su sueño del campamento, deciden hacerle una fiesta infantil en el precioso jardín al día siguiente. Fiesta infantil con todo lo necesario para que los adultos -burgueses tan ricos como los mismos P.- la pasen bien: mesas y sillas en el jardín, deliciosas viandas, cocineros y meseros, sin faltar exquisitos vinos y licores importados, cuarteto de cuerdas tocando a Bach, espadas de carne a las brasas, una montaña de regalos para el niño y los señores, tanto el chofer Kim como el amo Parker disfrazados de indios que representarían una pelea con sus *tomahawk*.

Una representación sobre otra representación. Una escena sobre otra escena. Mientras tanto, en el sótano la exama de llaves de la casa ha muerto por la conmoción cerebral y el habitante del refugio se ha logrado desatar y ensangrentado logra salir, peleando fieramente con el hijo K. a quien mal hiere, sin causarle la muerte, precisamente con la salvadora piedra Gonshi que llevaba el joven y así ocurre el final “tarantinesco”: muertos, heridos, sangre, mucha sangre por doquier y desbandada de asustados burgueses. No cuento el final.

Es una gran película que hace una crítica feroz y despiadada al sistema capitalista y a los protagonistas de ambos lados del muro del dinero, al *modus vivendi* de la alta burguesía que vive a costa del trabajo, del esfuerzo, del sudor y el mal olor de sus trabajadores y al estilo pretendidamente fácil, conformista, campechano, aprovechado y hasta cínico de la clase trabajadora, explotada desde quién sabe cuántas generaciones anteriores y con un cada vez mayor resentimiento acumulado en la sangre, en los genes, en los cromosomas, en todas sus células y en todos sus humores.

Parásitos unos y otros -tanto los Kim, como los Parker, al igual que la exama de llaves y su topo-pareja-; unos parasitan a los otros quienes, huéspedes también, a su vez ejercen de parásitos sobre los otros. Esta crítica sarcástica, llena de humor negro que provoca risas en el público -¿nerviosas?- rompe todo el esquema de las críticas serias, solemnes, rígidas, concretas, precisas, académicas podríamos decir, las críticas que podrían hacer sociólogos, historiadores, filósofos, economistas, políticos y politólogos, críticos y otros sesudos intelectuales o seudointelectuales; rompe el discurso marxista, comunista, socialista, de las izquierdas recalcitrantes, de las moderadas y de las bien vestidas. Se burla de una manera

feroz del estilo e ideales burgueses, del capitalismo a ultranza, de la gente bonita que vive en sus "casitas -casotas o casotototas- del barrio alto, todas con rejas y antejardín" -como decía en otro tiempos la canción del legendario Pete Seeger-, cantada en nuestra lengua por Víctor Jara.

La película se burla de la frivolidad y la ligereza, de la vacuidad y simpleza rampante del prototipo de la mujer burguesa y de la doble moral del exitoso profesionista e industrial que se indigna con el anterior chofer por encontrar unos calzones femeninos en el piso de su lujoso Mercedes, razón por la que lo despiden -ardides de los Kim para que el señor K. se quedara con el puesto vacante- y después, en sus confesiones durante el escarceo amoroso con su esposa en la sala de la casa, le pregunta si trae puestos esos calzones, puesto que si los trae "se le pondría muy dura", la verga, por supuesto.

La cinta se burla también de la aburrida jovencita K. que se enamora perdidamente de su profesor particular de inglés perteneciente al proletariado -el joven K.- y también del niño P. a quien le consienten todos sus caprichos; se burla de la veleidades y de la fascinación por el uso de palabras en inglés y por la referencia al imperio como parámetro del estatus social, económico, cultural, de estilo y posición, así como de ideales y prestigio (cuando la hija Kim está haciendo la entrevista que le daría el empleo de "terapeuta de arte" del pequeño Parker, le inventa a la madre de éste que había estudiado en el Instituto de Arte de Illinois y eso impresiona de tal manera a la Señora -con mayúscula- que la hace tomar la decisión de contratarla de inmediato). La película se burla de que el Señor Parker compre *walkies-talkies* para que todos los miembros de Su familia -porque es de él, de su propiedad, pues una familia debe ser de quien sostiene y provee- puedan comunicarse entre sí en esa tan enorme como moderna mansión, mientras que los Kim sufren y padecen en su minúscula vivienda de la ausencia de la anhelada -e imposible de otra manera- señal de *wifi* de los vecinos, casi igualmente jodidos que ellos, aunque con la pequeña pero enorme diferencia dada por la posesión de la muy preciada señal satelital, que los K. usufructúan -para no decir "piratean"- lo cual no es otra cosa más que parasitar también a sus semejantes que son diferentes pues son dueños de esas ondas invisibles y de una clave que ellos, los Kim, tienen que ingeniárselas para obtener y poder así usar el anhelado *Whatsapp*.

La lucha a muerte entre los miembros de la misma clase: los Kim *versus* la exama de llaves y su pareja-topo; literalmente lucha a muerte que termina en masacre. Ella no se acostumbra a ya no ser la ama de llaves y que otra ocupe ese lugar. La señora K. no es su "hermanita", pues cuando la anterior ama de llave la llama así, ésta se encuentra de rodillas mientras que la primera la mira despectiva desde arriba, de pie. Guerra a muerte de la pareja-topo por no perder ese privilegiado lugar-casa-refugio-de-usureros-y-eventuales-partículas-radiactivas, en el que, a pesar de todo, él se encuentra más seguro que cualquiera de los demás, sean del clan Parker o del clan Kim; tiene garantizada la no radioactividad de una atómica; no ver la luz a cambio de esa seguridad y el confort de no tener que ganarse el pan más que con su ingenio y su renuncia al sol.

Nada casualmente, en esta refriega, el señor K. muere atravesado por una de esas espadas que para asar carne utilizan en ciertos restaurantes brasileños. Esta mortífera espada clavada en el sudoroso y mal oliente cuerpo del señor K., tenía ya clavada y hecha la carne que nunca llegaron a comer los burgueses ese día.

Un señor Kim conductor de un Mercedes que no es ni será jamás suyo, el lujoso auto del Señor Parker, quien no soporta el aroma a sudor y a detergente barato que impregna la modesta ropa de su chofer y que hace que tanto él como su mujer tengan que abrir la ventana para no tener que soportar los hedores corporales que despiden la pobreza. Mientras tanto el

señor Parker se preocupa de que su ropa no huelga mal si es que nadie hace el aseo de su guardarropa-vestidor durante una semana. Guardarropa-vestidor en el que la señora Parker se debate ante el tremendo dilema que le ocasiona qué fino y caro vestido usar para la fiesta infantil por el cumpleaños de su pequeño, mientras los Kim, a quienes les han solicitado que asistan a la fiesta -no como invitados sino como empleados- buscan entre montones de ropa donada por caridad, pues el diluvio de la terrorífica noche anterior inundó su casa por completo -del excusado salían proyectiles de detritus humanos-, casa a la que finalmente pudieron llegar en medio de tal tromba después de la odisea de haber podido escapar de la casa de los Parker, una vez que estos, agotados por sus escarceos amorosos, se habían dormido en la sala, mientras que los otros, los tres Kim, se encontraban debajo de la enorme mesa de centro; huyen arrastrándose cual gusanos y a pesar de la feroz tormenta llegan a su fétida vivienda inundada y llena de excremento, por lo que tienen que acudir a dormir a un gimnasio que hizo las veces de refugio para los desamparados de la vida.

Sí, es una crítica feroz e irreverente, incisiva y nada solemne; mueve a risa, pero quizás más “nerviosa” o quizás risa causada por la incomodidad que provocan las situaciones que se suceden en esa guerra, batalla a muerte, al igual que esa sanguinaria lucha entre sí de los de una misma clase, la de los desposeídos, quienes combaten también a muerte por dejar de serlo. Las risas del público terminan cuando empieza la carnicería de las escenas finales.

Incomodidad por cierta culpa pequeño burguesa, tal vez como la culpa de la gran burguesa Señora Parker, quien encumbrada en su pedestal de dinero, ostentación, prestigio y poder también le dice “hermanita” a la señora Kim, quien esta vez no protesta, pues se siente quizás un escalón más alto que el que le corresponde por ser ama de llaves. ¿Burla, culpa, camaradería, condescendencia o cariño fue sobajarse hasta eso por la Señora P.?

Bien merecidos premios tiene esta estupenda y original cinta de la que mucho se puede decir y que seguirá dando de qué hablar durante algún tiempo, película que mueve a reflexiones profundas más que a risas hilarantes pero incómodas; risas provocadas, tal vez, por la incomodidad que esta película causa a las “buenas conciencias”.

Jesús R. Martínez Malo
10-11 de febrero, 2020